

se echa de ver en todas partes, hasta en la presentación tipográfica del volumen.

Sin embargo, volvemos a leer este pequeño tomo de versos, ansiosos de penetrar en el espíritu del autor y nos encontramos con que el poeta, aparentemente artificial y frío, es un temperamento apasionado de la belleza, de un gran lirismo, singularmente subjetivo.

Hay hasta cierto misticismo en "Elegías de ayer".

Tiene este libro, si se le considera atentamente, verdadero don de simpatía. Nos revela sobre todo a un poeta, que cuando se despeje un poco de cierto afán de perfección verbal que lo perjudica bastante, construirá obras realmente duraderas. — **Nicolás Coronado.** (ex "Nosotros", núm. 117).

**JOSE INGENIEROS.** — *La evolución de las ideas argentinas*, tomo I, *La Revolución*, Bs. Aires, 1918, 1 vol., de 544 págs.

José Ingenieros es uno de nuestros autores más fecundos. No pasa un año sin que nos obsequie con uno o dos gruesos volúmenes sobre las materias más variadas. Hoy es la psicología, mañana la sociología, luego la filosofía y esta vez es la historia la que atrae su pluma. Y todavía encuentra entre escribir y escribir, el rato libre para pronunciar tal o cual discurso maximalista. Si la multiplicidad es un carácter del genio, Ingenieros es un genio, no cabe duda. Y como tal, dejando las ingratas investigaciones particulares para los otros de abajo, él, en su altura, se ocupa del trabajo de generalización, y lo mismo como echara ayer las bases de la filosofía del siglo XXII, realiza hoy la arquitectónica de la historia argentina. Verdad, que a todos nosotros que, modestamente, nos ocupamos de la misma materia, nos ha dejado un poco descorazonados, pues anhelábamos llegar también algún día a arquitecto, y he ahí que nos condena Ingenieros para siempre al oficio humilde del albañil. Lo dijo Goethe alguna vez, que sólo los tunantes son modestos y así Ingenieros tiene razón. ¿Pero no temerá que en estos tiempos del bolshevikismo, nosotros nos rebelamos el día menos pensado contra nuestro destino "albañilista" que nos asigna benévolamente, y echemos abajo toda su arquitectónica con una bomba de dinamita, como "ultima ratio"?

El nuevo libro de Ingenieros, como uno de los tantos que se publican diariamente sobre la historia argentina, no sería malo, admitimos hasta que sería bueno, y tendríamos que aplaudir además la laboriosidad de su autor, condición ésta que anda escasa en nuestro ambiente intelectual. Pero las advertencias del prefacio nos obligan a adoptar otra posición para nuestra crítica.

Lo que se impone a primera vista, al estudiar el nuevo libro, es la pobreza de la bibliografía que ha servido a nuestro autor para fundamentar su arquitectónica. Luego no hay criterio alguno en la selección de las fuentes. Ingenieros ha aprovechado todos los libros

que, por casualidad, guardaba en los estantes de su biblioteca, pero no parece haberse ocupado de otra información.

El plan de la obra es bueno; su contenido carece de originalidad, tanto en lo que se refiere a las ideas particulares, como a la "famosa" arquitectónica que ha esbozado ya López, por ejemplo. El estilo de Ingenieros tiene también algo del estilo de López y de los otros historiadores del siglo pasado, como Mitre, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, etc., por lo apasionado y polemista.

Es verdad que Ingenieros mismo previene que "no desea presentarse como imparcial ante lectores que no lo son" (pág. 8), pero no por eso su parcialidad deja de ser menos criticable en un historiador. A través de innumerables contradicciones, que evidencian un trabajo de tijeras mal disimulado, se descubre a cada paso a Ingenieros hispanófono y come-fralles. Los autores arriba citados, cuyos juicios históricos revelan en todas partes su unilateralidad, — bien explicable en ellos, que estaban tan cerca de los hechos que describen, dan a Ingenieros un precioso material para abonar sus tendencias con la opinión de nombres sonoros; pero pasa por alto las ratificaciones que se han hecho y que se hacen a diario a la obra de los historiadores mencionados, rectificaciones que por otro lado no le quitan su mérito que debe valorizarse teniendo en cuenta la época y el ambiente en que escribieron.

La conquista y colonización españolas aparecen así, vistas a través del lente hispanófono, con los colores más sombríos. Allí resurgen, pues, todos los trillados lugares comunes de "los siniestros Habsburgos", del conquistador fanático, sediento de oro, perezoso y cruel, de la opresión material y espiritual, etc., etc. ¿No le quepa la menor duda, señor Ingenieros, "que las Indias españolas tuvieron la más sabia administración política concebible en los siglos XVI y XVII? ¿No le parece a usted ingenuidad hablar en aquellos siglos de "verdadera democracia" y reprochar a los españoles la exclusión del "cuarto estado" del régimen gubernamental? ¿Le puede a usted sinceramente llamar la atención que muchísimas veces no se hayan cumplido las sabias leyes de Indias, cuando medite un momento sobre las enormes distancias y la dificultad insuperable de las comunicaciones? ¿En qué sociedad católica de los siglos XVI y XVII, y hasta también XVIII, encuentra usted una "instrucción general de las masas"? ¿Le parece a usted extraño que solamente en los centros urbanos se pudiesen frecuentar las escuelas, cuando en la campaña existían nada más que indios alzados? ¿Cómo puede decirse que se excluía a los criollos de los puestos administrativos, cuando tenía, para tomar los ejemplos más célebres, Belgrano el cargo de secretario del Consulado y Moreno el de Relator de la Audiencia, por ejemplo?

Es una verdad de perogrullo que "habría error en medir el nivel ético de los pueblos por la simple estadística de sus iglesias, frailes

y conventos" (pág. 22), pero es por demás injusto el papel que asigna usted al clero dentro de la sociedad colonial e, incidentalmente, tiene que confesarlo usted mismo (pág. 34), que los frailes hicieron también otra cosa que aumentar, en mancomún con la milicia, la creciente progenie de mestizos (pág. 22).

Para su "fe de erratas" queremos señalar a nuestro autor un pequeño detalle todavía: Maciel, de quien habla con tanto entusiasmo, cambió de partido al ser nombrado Ceballos virrey, haciéndose "ceballista". Así que mal puede haberse dirigido, alarmado, a Bucarelli (pág. 108). Es hasta uno de los firmantes de la "Representación" a Ceballos, en la cual el Cabildo eclesiástico le pidió "no dejara el mando" y recibió por ello una severa amonestación del monarca (véase Carlos Correa Luan, "Don Baltasar de Arandia", págs. 95 y 100). Extraño que a Ingenieros se le haya escapado este detalle, ya que copia de Correa Luna una gran parte del cap. I, par. I-3, y par. II-1.

Sin entrar en otros detalles, diremos que, a nuestro juicio, Ingenieros ha abordado con "La Evolución de las Ideas Argentinas" una tarea que está por encima de sus fuerzas; primeramente porque le falta la suficiente preparación filosófica, hecho demostrado en sus "Proposiciones"; segundo, porque no tiene la vasta erudición histórica que reclama el asunto; y tercero, porque su temperamento no es el requerido para un historiador, faltándole la serenidad de ánimo para apreciar los hechos y los hombres con imparcialidad y con justicia. — Juan Probst.

#### Colegio Novecentista, cuaderno núm. 7.

El Colegio Novecentista ha pasado ya, felizmente, pese a los escépticos, por su período de ensayo; bien lo dice su última publicación, que hoy ha llegado a nuestra mesa. Arma ofensiva de una asociación militante en el campo de las ideas, se distingue el "Cuaderno" de otras publicaciones similares por el digno lenguaje que emplea en su lucha por una digna causa. Es el espíritu culto de su director, nuestro compañero Jorge M. Rohde, que le imprime este sello distintivo y simpático.

Del sumario se destaca el artículo sobre "La alianza de la nueva generación", que reproducimos parcialmente en otro lugar; los trabajos sobre el tema del día: "El maximalismo", de Tomás D. Casares y Adolfo Korn Villafañe; la abundante crítica bibliográfica, y varias notas interesantes. Lapizlázuli, el "enfant terrible" del Novecentismo, en reemplazo de José Gabriel, asombra en "La vida sintética" por sus apóstrofes lapidarios, dirigidos indiferentemente contra amigos y enemigos. Una de sus "frases", empero, tenemos que observar, porque es por demás injusta. Poner en un mismo plano los nombres de Quesada y de Dellepiane es inferir al primero un agravio gratuito. No es aquí el lugar de hacer el proceso a la labor inte-